

sublime para pedir á las venerandas figuras de aquellos valientes, lo que es preciso para combatir, lo que es preciso para morir con gusto, lo que abre el templo de la victoria, así como abre las puertas del cielo — la fé!

V

CONCIUDADANOS:

Frecuentemente, lo digo con cierto orgullo, y desde mi mas temprana juventud, el voto popular me há llamado á ocupar la tribuna cívica, en este gran dia. Yo recuerdo que hé sido hasta, ahora, el último orador republicano que la ciudad de México designara para ensalzar los hechos de la Independencia, concluyendo conmigo en 1862 la primera série de tribunos dignos de hablar de la Libertad de la Patria, y comenzando en el año siguiente

Pronunciado el 16 de Setiembre de 1865, en el campamento de « *La Sabana*, » junto á Acapulco, por encargo de la Junta patriótica de la misma ciudad, que con la poblacion se habia trasladado al expresado campamento.

ese paréntesis de farsa imperial, en el que la mision sagrada de hablar al pueblo está confiada allí á un esclavo que elogia la emancipacion con una cadena al pié, y que maldice el yugo español, besando el yugo francés que oprime su cuello.

Pues bien: hoy me siento mas ufano que otras veces de la eleccion de mis compatriotas, porque en 1862, por ejemplo, es verdad, que yo consagraba mis humildes palabras en un soberbio altar elevado á la Patria, bajo ese toldo divino con que Dios ha cubierto la frente de la opulenta ciudad que se asienta en el gran valle de México; es verdad que me escuchaba complacido el gran sacerdote de la República, Juarez, nuestro inmortal Presidente; es verdad, que aquello era en momentos solemnes de triunfo y de espectacion, despues de la gloria de México, y antes de la heróica desgracia de Puebla; pero tambien es cierto que allí en mi torno se agrupaban hipócritas, y ocultando con el fingido calor del entusiasmo el gérmen de la infamia y de la cobardía, ministros y diputados, generales y palaciegos, magnates y populacho vil que han ido despues á arrodillarse á los piés del usurpador, á rom-

per, trémulos, su espada, á buscar su sonrisa y á desuncir sus caballos para tener el honor de arrastrar su carroza.

¡Y aquí no...! ¡Aquí, en este bosque, entre estas cabañas de bálago y de palmas, yo no miro sino patriotas y dignísimos hijos de México; aquí mis ojos, en vano buscarian un semblante cobarde, un gesto de falsía, una frente manchada con la sombra de la humillacion futura; aquí no hay traidores!

Acapulqueños: idólatras del deber, proscritos que estais contentos, yo os saludo con toda la admiracion que inspira vuestra conducta, con todo el entusiasmo que producé la memoria de este dia, yo deseo que descendan sobre vuestras cabezas las bendiciones de aquel gran padre de la Patria que nos contempla desde el cielo.

Ibamos á celebrar las fiestas de Setiembre en la bella Acapulco, allí á orillas de esa dulce y hermosa bahia que se abre en nuestras costas, como una concha de plata; iban sus mansas olas de esmeralda á acariciar los altares de Hidalgo, iba su fresca brisa á agitar los libres pabellones, iban los penachos de sus palmas proceras á dar sombra al puebló rego-

cijado; iba el lejano mugido del tumbo á mezclarse en el concierto universal; iba, como tantas veces, Acapulco, á aderezarse con su guirnalda de flores, cuando repentinamente, extrangeras naves, las naves del amo de aquel que se llama soberano de México, han venido á deponer en nuestras playas una falange de traidores.

Gracias al apoyo de esas naves y para no ver reducida á escombros nuestra ciudad querida por la brutal venganza francesa, esa turba ha podido pisar sin estorbo la libre tierra de Acapulco desprovista de artillería. Entónces, todos habeis salido, sin vacilar, de ese suelo que iba á ser profanado por plantas aborrecidas, y hé aquí, que os agrupais en este campamento, vosotros los que habeis desdeñado vuestra fortuna por conservar limpio vuestro nombre, vosotros los honrados proletarios que ganábais con el duro trabajo del jornalero el pan de la familia, y vosotras las bellas y altivas hijas del Sur que habeis dicho adios al hogar amado que iluminábais con la luz de vuestros negros ojos y que habeis preferido andar á pié á quedaros á mentir una sônrisa á los hijos degradados del suelo mexicano. ¡Cómo

no estar orgulloso de hablar en medio de patrios tan nobles y de mujeres dignas de los antiguos tiempos! ¡Débil se siente la lengua y pálida la imaginacion cuando se está en presencia de tanta dignidad y de tanto sacrificio!

¡Qué leccion esta para los pueblos miserables del centro que han regado, trémulos de pavor, flores, al paso de un aventurero coronado! Que vean en Acapulco el ornato de las calles que consiste en los candados con que se condenan las puertas de las casas abandonadas; que escuchen el *hosanna* de bienvenida que consiste en el aterrador silencio de una ciudad desierta; que contemplen como rinde párias el Sur á los monarcas, al ver brillar el fusil republicano á media legua de la ciudad ocupada; que preconicen la adhesion de este pueblo al Imperio al mirar á los habitantes abandonar su morada y sus bienes antes que verse obligados á inclinarse ante el mandarin que viste la librea del usurpador.

Y así, aunque nuestra fiesta no tenga la pompa con que pensábamos celebrarla en la ciudad, sin duda alguna, es mas importante por su significacion en este campamento. Que

en cuanto á brillo, en cuanto á magestad, en cuanto á sentimiento ¿qué mas puede apetecerse? ¿qué mas puede exigirse? ¿qué mas podrian desear los manes de nuestros viejos héroes?

Aquí, celebramos el gran dia de la Patria enmedio de esta salvaje floresta americana y con el corazon sincero y resuelto. Virgen está nuestra alma de ideas bastardas, como están vírgenes estos bosques, como está vírgen esta admirable Naturaleza que por todas partes nos rodea y nos protege. Aquí los colores nacionales se mezclan á los gallardos festones que forman las lianas en el tronco de las palmeras, de los mangles y de las caobas. Aquí no es el jugo exprimido en el laboratorio lo que embalsama el templo de la Libertad, sino esas flores silvestres, de cuya corola se desprende en alas de los céfiros un torrente de aromas, y que matizan esta pradera, y que marcan con cien colores las arrugas de la montaña, y que limitan el cauce de blanca arena de ese rio cuyas linfas de cristal se arrastran frente á nosotros y que envia hasta nuestro semblante sus frescas emanaciones.

Aquí, no se ostentan columnas de mármol,

ni estucadas paredes, ni ricos artesones, ni bordadas colgaduras, encerrando la imágen del divino anciano de Dolores, pero en cambio, enmedio de estas montañas altivas, bajo el hermoso cielo del trópico, junto á este muro de bayonetas, junto á este muro de corazones y frente al enemigo de la Patria, es donde se levanta, se yergue y flamea el pabellon de la República.

¿Qué mas hermoso templo, oh Libertad sagrada, qué mas armonioso himno, oh Patria querida, qué mas ardiente recuerdo, oh sublime padre de México, que este templo, que esta armonia guerrera y que esta efusion sublime de las almas heroicas?

¿Ni se traduce nuestro patriotismo en vanas frases, ni es besando una cadena, como nosotros glorificamos el hecho glorioso de haberlas quebrantado; no es adulando á un extranjero, vástago de tiranos, como nosotros proclamamos la soberanía de nuestro pueblo, no: quédese esa ignominia para aquella multitud envilecida del centro, raza sin vigor y sin dignidad, sin virtud y sin esperanza, raza que como el pueblo de Israel adora hoy al becerro de oro, desconfiando del Dios verdadero pero que

estará pronta despues á hacer pedazos su ídolo, cuando baje del Sinaí, radiante y terrible el Decálogo que la condena y espanta?

No: nosotros somós los hombres que confiamos siempre y los que creemos que la independendencia se glorifica combatiendo por ella, muriendo por ella. Nosotros somos el Sur, ese pueblo que comprendió Hidalgo desde los primeros dias de su heróico levantamiento, y al que con tanta razon como confianza, envió á Morelos sin armas y sin tropas, á la sazón que el mismo se dirigia á México con un ejército, como diciendo: — « Al centro se necesita vencerlo; al Sur, basta iluminarlo. »

Dios hizo leer á Hidalgo, como hace leer á todos los genios en el libro del porvenir, y desde entónces el Sur ha realizado el vaticinio del padre de la independendencia.

Morelos, genio tambien y confiado por eso en su mision, salió de Michoacan, y tranquilo, resuelto y sin detenerse, penetró en nuestro rumbo, seguro de encontrar á sus hombres. El no conocia sus nombres, pero pronto reconoció sus almas y entresacó de las masas á sus escogidos. Esos que ayer eran pobres labrie-

gos ó ganaderos perdidos en las tinieblas de la nulidad, serán al dia siguiente Hermenegildo, Galeana. Vicente Guerrero, los Bravos, Montes de Oca, Pedro Asencio, Pinzon y Alvarez.

El primero será el brazo derecho del inmortal caudillo; el segundo será la inquebrantable columna de la independendencia, aquellos formarán una pléyade que la Grecia ó Roma desearian tener en su cielo, estos serán los bravos montañeses que salvaron la bandera de la insurreccion, el último quedará en el mundo como el representante de la generacion pasada para ver si es digna de ella la generacion presente (1).

En efecto, nuestro venerable caudillo que presenció las grandes luchas de la primer época de independendencia, ha alcanzado por un privilegio de la suerte, las luchas de esta segunda; y ha podido conocer que su país siempre tiene vigor para combatir contra los monarcas.

Y es, conciudadanos, que aquel Galeana,

(1) El anciano general Alvarez vivia cuando se pronunció éste discurso, y era el caudillo del Sur.

que aquel Guerrero, que aquellos Bravos, que todos nuestros héroes no eran seres producidos por el capricho del Destino; eran la encarnación del espíritu suriano, eran destellos del alma de nuestro pueblo. Aquellos destellos fulguraron y se apagaron después en la noche de los tiempos, pero el pueblo está en pie y aquí el odio á los tiranos es tradicional. Las generaciones se suceden á las generaciones, pero el amor á la Libertad se mama por los niños surianos en los pechos de las madres, se aprende por los mancebos en el ejemplo de los padres y la antigua Epopeya siempre está pronta á recomenzarse, ora sea Fernando VII el déspota contra quien se combata, ora sea Napoleón III, ora Maximiliano de Austria; ya sea que la lucha dure once años, como la otra vez, ya sea que dure un siglo.

El suriano odia á los reyes, y esto basta.

Así: el soldado que tiene un fusil ó un cuchillo de labranza encuentra en él un auxiliar de su sentimiento. El débil anciano se aleja sombrío á los bosques en los que puede esconder sus libres canas, la débil mujer niega su sonrisa y sus amores al soldado aborrecible de los déspotas y el niño aprende en este divino

alfabeto del patriotismo las lecciones del porvenir.

Por esta razón, este nuestro pobre, nuestro inculto, nuestro agreste país no ha de ser domable nunca y las legiones disciplinadas que emprendan la difícil tarea de combatirnos han de encontrar en cada quebrada, en cada valle, en cada aldea, no tácticos que desesperen, como en las comarcas civilizadas del Centro, sino caudillos medio desnudos, rudos labradores ó estancieros, pero bajo cuya tosca pechera lata el fogoso corazón de un Galeana, el generoso corazón de un Bravo, el acerado corazón de un Guerrero, el fiero corazón de un Pedro Asencio. Hé aquí lo que podemos decir solemnizando el 16 de Setiembre, y lo decimos á un paso del enemigo que no se atreve á dejar el arrimo de los cañones franceses que mas que á nosotros amenazan destruir el caserío de Acapulco. Hé aquí los loores que entonamos á los héroes de 1810. Hé aquí las flores que colocamos en las tumbas del inmortal fusilado de Ecatepec, del valiente muerto en Coyuca y llorado por Morelos, de los benditos mártires de México y de Puebla, del *guerrillero* asesinado en San Gabriel y de la santa víc-

tima de Cuilapam. Hé aquí lo que debemos decir al representante vivo de aquellos campeones y cuya vieja mirada nos anima al combate, cuyo jóven corazon nos acompaña en el peligro.

¡Oh! y sabremos cumplir ¿no es cierto, compatriotas? Los que han dejado sus hogares por no verlos hollados por el infame traidor á México, no consuman con esto su último sacrificio. Combatirán; y ¿qué es la vida en presencia de la Patria? ¡Muy poca cosa, muy miserable ofrenda; nuestra sangre toda, todo nuestro ser, se consagran este dia de recuerdo y de gloria al pié de tus altares, oh desventurada México, á tus benditas plantas, oh anciano, que periciste por darnos Patria, oh vosotros todos, cuyo último consuelo fué pensar que os ibais de la vida, pero dejando á vuestros hijos un suelo alfombrado con vuestros huesos para que lo habitasen como señores y una libertad perdurable para que gozasen de ella y muriesen antes de perderla!

Ahora, conciudadanos, despues de estos gritos de entusiasmo por la República, lanzados al oido de esa legion infame que infesta á Acapulco, que se escuchen el silbido del plo-

mo y el ronco grito del combate. A vuestra cabeza está el estandarte de la Independencia nacional. Nuestros enemigos no tienen bandera, los traidores no pueden tener águilas por enseñas. Un mayoral es el que los azuza con un látigo. Nosotros triunfaremos, porque somos honrados contra infames, libres contra esclavos.